La isla de los inmortales: los tangaroas y la muerte del deseo

CHHAB, Alejandra / UBA- ale.chhab95@gmail.com

* Resumen

Este trabajo se centrará en la obra El archipiélago maravilloso (1923), del autor español Luis Araquistáin, más precisamente en “La isla de los inmortales”. El objetivo es realizar una lectura en clave desiderativa: se postula que para los tangaroas la inmortalidad constituye la muerte del deseo; entendido como el interés humano de experimentar ciertos fenómenos propios de la vida. El deseo es lo que impulsa la acción, y estos habitantes están estancados. En este sentido, se observa que el carácter de inmortalidad produce en los individuos afectados un desinterés por las actividades mundanas como lo son las relaciones amorosas, la maternidad y la alimentación.

Para realizar el análisis de “La isla de los inmortales”, proponemos hacer una lectura en clave desiderativa. De esta manera, postulamos que la inmortalidad significa para los tangaroas la muerte del deseo. El deseo es lo que impulsa la acción, y estos habitantes están estancados. El fenómeno de la inmortalidad funciona en el texto como movimiento hacia la muerte del deseo de los habitantes de Tangaroa. El deseo es entendido como el interés humano de experimentar ciertos fenómenos propios de la vida. En este sentido, se observa que el carácter de inmortalidad produce en los individuos afectados un desinterés por las actividades mundanas como lo son las relaciones amorosas, la maternidad y la alimentación. El mismo texto define a la muerte como parálisis: “La muerte -se vino a averiguar- es una paralización irreparable del mecanismo humano por desgaste o ruptura de sus órganos vitales” (p.49). Sin embargo, a lo largo de la novela, encontraremos elementos que nos permiten interpretar que la parálisis se da en el plano de la eternidad y no en el de la finitud de la vida, es decir la muerte

Para argumentar nuestra hipótesis es preciso señalar que, en primer lugar, los tangaroas aparecen caracterizados por la desdicha y la abrumadora experiencia de la vida eterna: “El único que siente un tedio, no de muerte sino de inmortalidad es nuestro espíritu; pero no hay remedio (...) recuerda nuestros dichosos días de seres mortales, cuando la perspectiva de muerte daba a todas las cosas (...) un valor extraordinario” (p. 62). Tras haber alcanzado la capacidad de vivir eternamente, les sobreviene una apatía por todo lo que antes tenía cierto valor de goce. Esto se desarrolla en diversos planos que hacen a la humanidad. A partir del pasaje citado anteriormente, podemos considerar que la obra plantea una relación entre deseo y muerte. El pasaje a la eternidad transforma la perspectiva de los habitantes de la isla y contrapone la dicha de saberse mortal (como móvil del deseo) con el tedio de la consciencia de la vida eterna.

Este fenómeno también puede observarse en términos de ambición política, como indica el pasaje: “Caímos en la más dichosa anarquía, donde nadie deseaba ni necesitaba gobernar ni ser gobernado, y en ella seguimos y no saldremos de ella a menos de volver al estado de la mortalidad” (p. 74). En esta cita se puede ver cómo la actividad política está movida por la pulsión de deseo.

En cuanto a la configuración del género femenino, culturalmente anclado a la maternidad, podemos observar cómo las mujeres pierden el ansia de maternar, al considerarlo una pérdida de tiempo: “Pero vino el invento de la inmortalidad, y entonces nos dimos cuenta de que nada nos interesaban el hombre ni siquiera los hijos, pues automáticamente dejamos de querer engendrarlos. ¡Con los dolores que costaban!” (p. 84).

En relación con esto, podemos leer cómo la figura del amor y de sus derivados contactos afectivos también han desaparecido: “Así acabó en esta isla el amor, que es hijo de la muerte, al ser vencida esta. Hoy nadie lo practica y ni siquiera se hablaría de él si no fuese por el espíritu eternamente querelloso de las mujeres y por la retórica amorosa de Orfino” (p. 89). Mediante lo dicho en este fragmento, podemos inferir cómo la muerte es la generadora del deseo de amar.

En oposición a lo antedicho, hay un único deseo que perdura y se hace presente en esta etapa para esta población, y es el de volver a la condición de mortales. Esto nos permite demostrar que la muerte sigue estando relacionada con el deseo. En este caso, en la condición de inmortalidad, la única pulsión que aparece es la de morir, para poner fin al tedio.

Por otra parte, el texto presenta sujetos que aún son deseantes dentro de la población tangaroa: el monarca Mikolu y los pacientes del hospital. Debido a esto, podemos leer cómo son desplazados de distintas maneras, al no entrar dentro de la norma imperante del tedio y la pérdida del deseo.

En este sentido, podemos observar cómo los últimos son marginados de la sociedad, ya que se los considera enfermos: “Sólo padecen una dolencia: de olvido de su inmortalidad, lo que les hace proceder como si fueran mortales, (...) Cada uno revela ahora, en la enfermedad, su verdadero ser, que disimulaba discretamente, cuando éramos mortales” (p. 118).

Los enfermos, clasificados de esa manera según la lógica tangaroa, han olvidado su verdadera condición; es por eso que aún poseen las pulsiones humanas configuradas por el saberse mortal: sienten curiosidad por la investigación científica, les apetece el alimento, tienen ímpetus artísticos e intentan realizar actividades amatorias, aunque no puedan recordar cómo: “Aparte de eso, el deseo no pasó de su conciencia enferma, sin que pudiera galvanizar sus sentidos, atrofiados para siempre” (p.123).

A su vez, Mikolu también sufre una exclusión por parte de su pueblo, ya que puede leerse cómo es ridiculizado y burlado por todos: “Entonces, la multitud tangaroa prosiguió vejando a Mikolu con satíricas alusiones a cuanto podía irritarle: a los libros escritos cuando era mortal, (...) a sus antiguas ambiciones de dictador y a la locura que contagió a todos, de querer la inmortalidad” (p. 70). Esto puede analizarse como una especie de castigo por haber facilitado la pérdida de mortalidad, agente de la desesperación de los tangaroas. Además, en relación con lo explicado anteriormente, podemos ver cómo el monarca aún siente el deseo de encontrar la sustancia que les devolvería la finitud. Incluso, aún lee y escribe: “¡Y que no sea posible sobreponerse a esta tragedia ni por resignación, ni por olvido, ni por esperanza de que algún día cese! Sólo escribiéndola hallo algún alivio” (p. 113). Tal como alguno de los enfermos, siente deseo de creación y halla algún tipo de consuelo en ella, lo que no es común al resto de los tangaroas.

En ambos casos, podemos interpretar una inversión de las jerarquías con respecto a la sociedad convencional: el monarca es la persona menos respetada del lugar y los enfermos son los únicos que tienen pulsiones humanas, que habitualmente consideramos como naturales e incluso “sanas”.

Con respecto al género de la novela, podemos observar lo que Bloch llama “impulso utópico” en el deseo mancomunado de todos los habitantes de volverse inmortales (fomentado por Mikolu).  “Bloch postula un impulso utópico que rige todo lo orientado al futuro en la vida y la cultura” (Jameson, 2005:2). Este impulso es el deseo inicial cuya concreción lleva a los tangaroas a la inmortalidad.

Esto puede relacionarse también con lo que postula Nuñez Ladeveze: “Nuestra tesis es que el modo correcto de interpretar la distopía consiste en examinarla a partir de su continuidad utópica. Lo más significativo de la distopía es que procede por vía directa del proceso inmanente que genera la utopía” (1985:58). La praxis utópica (en este caso el descubrimiento de la sustancia que habilita la inmortalidad) es la que finalmente, con el paso de los siglos, lleva a la distopía.

La condición buscada y anhelada por los tangaroas se convierte finalmente en su prisión, tal como lo expresa el siguiente fragmento expresado por Miloku: “¿Para qué quieren ellos la inmortalidad? ¡Se aburrirían! !Pobre Miloku! No sabía él al pronunciar estas irónicas palabras que algún día volverían de rebote contra su propia persona” (p.48).

Esto también puede observarse en el hecho de que los primeros años de inmortalidad son dichosos para los tangaroas, que habían logrado su cometido, que habían cumplido el deseo de su impulso utópico: “La segunda mitad del primer siglo, ya seguros de que la vida era perpetua, fue la época más dichosa del pueblo tangaroa. (...) El menor placer les anegaba de infinita felicidad, pensando que podrían repetirlo eternamente” (p. 55). Este fragmento demuestra asimismo que en un momento dado el pueblo era deseante y disfrutaba de los placeres, característica que pierde a través de habitar infinitamente en el tiempo.

En conclusión, a partir de los fragmentos seleccionados y los argumentos dados, observamos que efectivamente la inmortalidad significa para los tangaroas la muerte del deseo, siempre teniendo en cuenta la relación intrínseca que plantea la obra entre la certeza de la finitud humana y las pulsiones. En el caso de esta novela, el texto muestra cómo la inmortalidad vacía a los tangaroas de placeres, deseos y pulsiones. Como dijimos previamente, sólo conservan una desesperación por revertir esta característica que los abruma y los hace vivir en un tedio constante. Como comentario final, podemos evidenciar que en la obra lo que comienza como una utopía deviene en distopía a través de la praxis del deseo.

Referencias bibliográficas:

Araquistain, Luis. “La isla de los inmortales” en *El archipiélago maravilloso*. Aventuras fantasmagóricas, Madrid: Editorial mundo latino, 1923

Jameson, Fredric. “Las variedades de lo utópico” en *Arqueologías del futuro: el deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009; págs. 15-24.

Núñez Ladeveze, Luis (1985). *De la utopía clásica a la distopía actual.* Revista de estudios políticos, págs. 47-80.